

y en tumultuoso tropel
 en los puntos se agolpaban
 por donde cruzar debía
 la imponente caravana.

Cargado de duros grillos
 el adalid caminaba
 en medio de la rechifla
 de una tropa desalmada;
 aquellos hombres indignos,
 cual cobardes se burlaban
 del hombre que fué su espanto
 en más de veinte batallas;
 pero impasible Morelos
 con entereza apuraba
 hasta el fondo aquella copa
 de las flaquezas humanas.

Enternecidas las madres
 á sus párvulos mostraban
 al que á la patria alumbró
 con el sol de sus hazañas;
 y los hombres, los ancianos,
 formándole espesa valla,
 á su paso, respetuosos,
 con amor le saludaban;
 ese afecto popular
 hizo temblar el alcázar
 donde arrullaba Calleja
 sus ensueños de monarca;
 y en consecuencia, dispuso
 que el Santo Oficio "alojara"
 en sus prisiones sombrías
 al hombre que frente á Cuautla
 hizo lo morder el polvo
 con la fuerza de sus armas.

II

Depuesto el ilustre mártir
 del carácter de presbítero,

la Inquisición entrególe
 á la justicia del siglo.

Un tal Bataller, entonces,
 amplió la célebre causa
 cuyo epílogo criel
 todo el mundo adivinaba;
 pronto, en efecto el fiscal
 pedía que se le amputaran
 las manos y la cabeza
 para enviarlos en Oaxaca.

Pero el valor asombroso
 que el caudillo desplegara
 en los instantes más plenos
 de abrumadora desgracia,
 despertó la admiración,
 avasallando las almas
 de aquella inmensa ciudad
 del Continente sultana;
 y al propagarse en la gente
 el rumor que aseguraba
 la oprobiosa petición
 de aquella pena nefanda,
 subleváronse los ánimos,
 y en hirviente catarata
 iba la turba y venía
 por las calles y las plazas.

Temiendo el virrey que el pueblo
 le arrancase de las garras
 la inerme presa que tanto
 en su vida codiciara,
 á Concha mandó en secreto
 que sin ninguna tardanza
 se dispusiese á pasar
 á Morelos por las armas.

XIV

EL SACRIFICIO.

I

Un vago tinte de nácar
 diluyéndose en el cielo,
 anuncia la pobre luz
 de una mañana de invierno;
 aire sutil, penetrante,
 recorre el valle de México
 rizando la superficie
 de sus límpidos espejos;
 la neblina es blanca y fría
 como el sudario de un muerto
 y en girones va á colgarse
 de los picachos enhiestos;
 piando las aves dejan
 de dulce mido desierto
 y se alejan á buscar
 del almo sol los destellos;
 en las tristes alquerías
 brillan los íntimos fuegos
 que encendieran los pastores
 para calentar sus miembros;
 y medrosas las ovejas
 con el ladrar de los perros,
 se internan en la montaña,
 se pierden en el sendero;
 entre los "tules" del lago
 percíbese el chapoteo
 de los ánsares y patos
 que emprenden rápido vuelo;
 y en los juncos de la orilla
 las garzas mueven el cuello
 al oír el matutino
 cantar de pobres labriegos.

Del seno del ancho valle,
 sobre el turquí de los cielos,
 de cúpulas y de torres
 se yergue manto soberbio:
 es la gran Tenoxtitlán,
 señora de un hemisferio
 á quien rendían vasallaje
 muchas ciudades y pueblos;
 pero que en hora fatal
 un terrible aventurero
 su diadema le robó,
 su libertad y su cetro;
 y desde entonces cautiva
 ha gemido sin consuelo
 encadenada á los pies
 de los monarcas iberos;
 mas un anciano, un día,
 sus hondas penas sintiendo,
 decidióse á vindicar
 sus ultrajados derechos;
 y á su voz, cual un conjuro,
 héroes y héroes surgieron
 inundando las ciudades,
 animando los desiertos;
 y el cataclismo rugió,
 la tempestad, el incendio,
 rasgándose la tiniebla
 con relámpagos sangrientos.

En efecto, ved allá,
 del alba al primer reflejo,
 una escolta pertrechada
 con magnífico armamento;
 de la ciudad se desprende
 con cautela y en silencio
 marchando por la calzada
 que lleva al Norte de México;
 entre filas rueda un coche
 y junto á él granaderos
 con órdenes de volarlo
 en el menor contratiempo.

Después de tocar las calles
de aquél histórico pueblo,
donde un santuario se alza,
cita de tantos romeros,
doblan el paso á la izquierda,
y de su jefe al acento
se esconden en los breñales
de triste y áspero yermo.

II

¿Quiénes son? ¿A dón se van
aquéllos hombres siniestros
que cual el tigre caminan
con zozobra y con recelo?

¿Son acaso una manada
de astutos lobos hambrientos
que en el horizonte husmean
algún cadáver infecto?

¿O bien la infernal jauría
de inicuos encomenderos
que azuzada va á cazar
pobres indios indefensos?

Son los soldados de Concha,
de Concha implacable y fiero,
que sueña matar de un golpe
la causa del insurrecto.

Triunfador en Tescmalaca,
quiso el destino funesto
que el héroe fuera á caer
en sus manos prisionero;
y ahora va á epilogar
con el plomo y con el hierro
aquel drama que iniciara
un cobarde traicionero; (*)
por eso va desconfiado,
por eso marcha con miedo,

(*) Carranco.

pues va á fusilar al grande,
al titánico Morelos;
y teme que de la sombra
broten millones de espectros
á disputarle la presa
con sus fulmineos aceros.
¡Justo terror del verdugo
en el instante supremo!

Aquél horrible atentado,
aquél suplicio cruento,
ahogaría entre sus raudales
la iniquidad de un gobierno;
y al calor de sus cenizas
germinaría un gran pueblo
que más tarde llenaría
con su fama el universo.

III

De México, á legua y media,
y al Noroeste situado,
enclávase un pueblecillo (*)
sobre un estéril ribazo;
melancólica mansión
de humildes indios cuitados,
llena el alma de tristura
su paisaje desolado.

Negras columnas de polvo
recorren la haz del llano
que rodea aquél lugar
antiquísimo, hierático;
y pequeñas caravanas
que crúzanslo á todos lados,
nos hablan de viejas tribus,
señoras de aquéllos campos.

A sus pies llegan rugiendo
las olas de turbios lagos
cuando el huracán chasquea
enfurecido su látigo;

(*) San Cristóbal Ecatepec.

y al resonar el clamor
del líquido en los peñascos,
cree el viajero escuchar
lamentos desesperados.

Grises pirámides térreas
fórmanle espeso vallado
que la cúspide rebasa
de sus rojizos tejados;
yacen ahí las salinas,
riqueza de aquel poblado,
que desde tiempos remotos
otras razas explotaron.

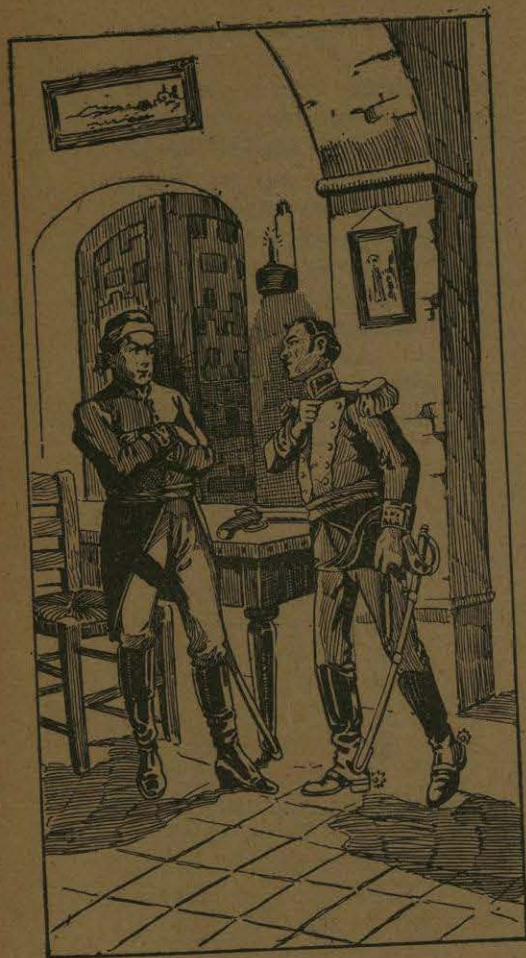
Sólo cual dulce esperanza
levántase el campanario
dándole vida y color
á aquél tristísimo cuadro.
y allá... muy lejos, enormes,
atalayas soberanos,
los volcanes gigantescos
el horizonte cerrando.

IV

En ese pueblo el virrey
clavó sus ojos airados;
"ahí será, dijo á Concha,
"Morelos ajusticiado."
Y en efecto, vedlos ya
las calles atravesando
y su marcha detener
de la parroquia ante el atrio.

En la propia sacristía
fué el caudillo encapillado,
y cual austero creyente,
prosternóse ante el vicario
y de su alma mostróle
los horizontes arcanos.

Después de ajustar sus cuentas
con el ministro sagrado,
retiróse á departir
con los adustos hispanos;



Morelos y el Gral. realista Concha

entonces con modo ingenuo
su valor extraordinario
irradiaba en su semblante
y en su decir reposado.

Concha admiraba en silencio
conmovido, cabizbajo,
aquella ecuanimidad,
aquel comporte bizarro,
y al igual sus oficiales
hondamente impresionados,
se inclinaban ante el hombre
de los hechos legendarios.

De repente, al escuchar
del parche el ronco llamado,
el héroe se irguió imponente,
majestuoso, soberano;
y dirigiéndose á Concha:
"Coronel, venga un abrazo;
no mortifiquemos más
que ya el instante es llegado."

Cogió en la diestra una cruz
y su sotana abrochando,
murmuró: "he aquí la mortaja
que el sino me ha deparado."

Quisieron vendar sus ojos,
mas él con acento blando
repuso: "aquí no hay objetos
que puedan turbar mi ánimo;"
pero ante nueva insistencia,
hízolo él con su mano,
yendo presto al sacrificio
como mártir resignado.

Al sentir la efigie augusta
de Jesús, entre sus brazos,
se detuvo y exclamó:

"¡Señor! ¡Señor! Si mis actos
fueron buenos, tú lo sabes;
mas si erré, y fueron malos,
en tu gran misericordia,
bajo tu bondad me amparo."

La ansiedad se hizo entonces
espantosa, en aquel acto;
el pueblo se estremecía,
los jefes y los soldados.

Al colocarse por fin
el héroe dentro del cuadro,
una descarga se oyó
ensordeciendo el espacio.

Como la encina cae
sobre la roca azotando,
Morelos se derrumbó
En el suelo, ensangrentado;
quiso incorporarse, y luego
vibró segundo disparo
que la existencia arrancóle
con un grito sobrehumano...!

La Naturaleza entonces
estremecida de espanto,
á aquél grito respondió
con clamores subterráneos;
crujieron las cordilleras,
las llanuras trepidaron,
y los volcanes ignívoros,
negros monstruos rebramando,
sus melenas encrespadas
encendieron cual relámpagos.

Callaron las armonías,
los colores se apagaron
y el huracán como nunca
rugió desencadenado.

Las aguas antes tranquilas
de aquellos azules lagos,
olas gigantes enormes,
hasta el cielo levantaron;
y arrojándose impetuosas
del patíbulo hasta el campo,
la noble sangre del mártir
en su cristal se llevaron.

Frente de aquél cataclismo
los verdugos aterrados

confiaron su salvación
al correr de sus caballos;
y en las alas de los vientos,
por el terror azuzados,
como fantasmas corrian
por los montes y los llanos.

.....

.....

El pueblo se dispersó
un alarido lanzando;
era un reto al porvenir,
un anatema á sus amos.

.....

.....

VI.

Peregrino, cuando llegues
á aquel lugar venerando,
arrodíllate y saluda
la memoria del soldado
que por amor á su Patria
y por bien de sus hermanos,
en ese sitio cayó
por el plomo atravesado!

RAFAEL RUIZ RIVERA.



GUERRERO È ITURBIDE

ECLIPSE.

Muere Hidalgo destrozado
por las balas españolas;
sus capitanes sucumben;
y entre angustias y zozobras
quedan las huestes indianas
diseminadas y solas.

Morelos, el gran Morelos
encadena la victoria,
y enarbolando su enseña
sobre la cima orgullosa
de torres y de castillos,
de montañas y de rocas,
va sereno á declarar,
en acta augusta y famosa,
que la América es ya libre
y de sus actos señora:
pero implacable el destino,
marca la fecha angustiosa
en que el héroe preso sea
de los soldados de Concha:
y en un horrendo patíbulo
de infausta y triste memoria.

CAPITULO

por la Patria va á verter
su noble sangre preciosa.

El ilustre guerrillero
que es de Navarra prez y honra,
salta á la arena, y al mundo
con sus hazañas asombra;
mas prisionero de Orrantía,
en las faldas rocallosas
del "Bellaco" ofrece á México
su limpia sangre española.

Terán y Sesma se indultan;
y en agrias sierras boscosas
perseguido y sin soldados
cruza el valiente Victoria.
Encerrados en obscuras,
tristes y horribles mazmorras,
se encuentran Bravo y Rayón
y otros cientos de patriotas.
Todo parece augurar
la decisiva derrota
y el eclipse abrumador
de la idea libertadora:
sus adalides no existen;
y la Junta que da forma
política al movimiento,
desmembrada y recelosa
vive sólo en la espesura
de las montañas umbrosas.

II

ORTO.

Sólo en el Sur, cual atleta
de las antiguas edades,
se alza fiero un capitán
entre peñas y zarzales.
Harapientas son sus tropas,
pero en la lucha, titanes
que han hecho el polvo morder
á las huestes virreinales.
Sufrido como ninguno
y cual ninguno constante,
ni le embriaga la fortuna
ni le espantan los azares.
Con hondo desprecio ha visto
las riquezas deslumbrantes
y honores con el virrey
háse propuesto comprarle.
Se ríe de las amenazas,
y su espíritu gigante
no ha comprendido jamás
temor ni debilidades.
El Gobierno, en sus obscuras
artimañas detestables,
ha recurrido á los ruegos
y lágrimas paternas;
pero inflexible el suriano,
y en su empeño incontrastable,
ha jurado no dejar
de la guerra el estandarte.

El comprende, no lo ignora,
que en tan críticos instantes
es de la Patria el sostén
y el solo representante.
Por eso con fe que asombra,
denuedo y valor gigantes,

se atrinchera en los picachos
de los montes tropicales.
Y cual águila, batiendo
las férreas alas pujantes,
desde la cima cae
sobre las tropas reales;
las despedaza, las rompe,
y en sus garras formidables
se estrellan del enemigo
los guerrreadores audaces.
Iturbide, Armijo y Concha,
todos marchan al desastre,
y en derrota y dispersión
se encierran en las ciudades.

Despiertan de su estupor
los antiguos capitanes
que retirados vivían
en sus modestos hogares;
Rayón y Bravo se lanzan
con arrojo á los combates
y refrescan de otros días
sus laureles incontables.
Victoria deja los bosques,
y enérgico, infatigable,
vuelve otra vez á llamar
con su espada fulgurante
sobre la ferrada puerta
de los hispanos alcázares.
Ante tal conflagración,
Apodaca y sus secuaces
se amedrentan y hasta el cielo
ponen sus gritos, sus ayes;
convocan á sus soldados,
y entre aquellos militares
queda Iturbide investido
con cargo de comandante
de las regiones del Sur,
do Guerrero y sus titanes
han hecho el polvo morder
á las huestes virreinales.

III

CAMBIO DE FRENTE.

Allá en las lindas montañas
y en los hermosos parajes
donde el Mexcala entre flores
riega sus limpios caudales;
allá donde las palmeras
sus anchas hojas flotantes
despliegan entre las nubes
de vaporosos encajes;
allá donde Primavera
con encantos sin iguales
cubre de verdor los montes
y de vergeles los valles;
allá donde la armonía
de las fuentes y las aves
tiene suspiros de virgen
y remedo de cantares;
donde el gemir de las auras
en los tiernos cafetales
finge el plácido murmurio
de las endechas amantes;
y donde en horas solemnes,
al bramar las tempestades,
se oye el acento de Dios
en las trombas y huracanes;
Iturbide fué á chocar
con sus cuerpos arrogantes
en la estrategia y valor
de Guerrero y sus parciales;
y en las montañas abruptas,
y en los recodos salvajes,
los realistas señalaron
el camino con su sangre.
Ascencio, el terrible Ascencio,
con arrojo insuperable

repetía sus emboscadas
y sus violentos ataques;
y con turia de leones,
y con fuerza de titanes
de los peñascos surgían
los insurrectos audaces.
Pronto trocaron sus hondas
con los fusiles flamantes
que á los iberos quitaban
en sorpresas y combates;
y de lo alto de las lomas,
aterradores, tonantes,
de sus cañones se oían
los disparos formidables.

Iturbide, comprendiendo
lo inminente del desastre
si se obstinaba en vencer
á Guerrero el indomable,
resolvióse á dirigirle
un elocuente mensaje,
en que le dice y expone:
que han cambiado sus ideales,
y que decidido está
desde aquél supremo instante,
á pelear y combatir
por las patrias libertades.
Le suplica con ardor
crea sus palabras veraces,
que no dude ni vacile
en tal empresa ayudarle,
y le pide con vehemencia
que en Acatempan le aguarde
para allí conferenciar
y descubrirle sus planes.

En una nota sencilla,
patriótica y no arrogante,
el caudillo contestóle
con estas sinceras frases:
"Si el coronel Iturbide
"jura derramar su sangre,

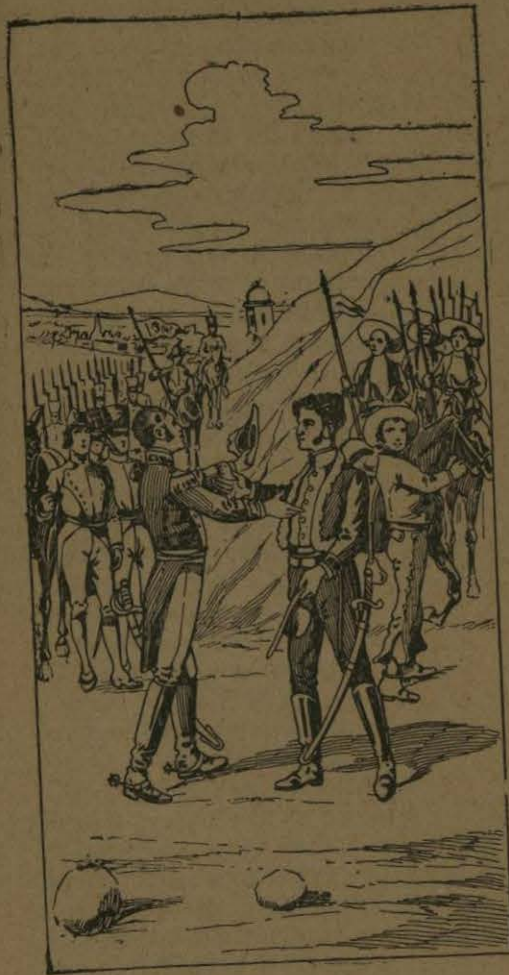
"por defender los derechos
"de la Patria, inalienables,
"yo prometo por mi honor
"y mi nombre militares,
"en campaña tan gloriosa
"su subalterno llamarme:
"que mi única ambición
"y mis desvelos constantes
"sólo son por vindicar
"las indianas libertades."

IV

EN ACATEMPAM.

Ya con sus rientes colores
asoma brillante el alba
tras las crestas y picachos
de la sierra no lejana.
Los gorriones y turpiales,
los tordos y guacamayas
sus cancioncillas entonan
entre los robles y palmas;
las gemidoras torcaces
ya desplegaron sus alas
y en la espesura se escuchan
sus quejas enamoradas.
Descienden los arroyuelos
filtrándose en las barrancas
entre peñascos y hierbas
copuadas, enmarañadas.
Los cervatillos retozan,
y las reses y las cabras
se esconden entre las quiebras
sinuosas de la montaña.
Palidecen los reflejos
de las humeantes fogatas

que los labriegos encienden
 al borde de sus cabañas
 Y lejos el canto breve
 del gallo en la madrugada,
 el ladrido de los perros
 y el mugido de las vacas.
 ¡Cuán hermosa la Natura
 luce esta linda mañana
 sus encantos y armonías,
 sus esplendores y galas!
 Y completando tal cuadro
 de belleza soberana,
 dos ejércitos se extienden
 bordeando negras montañas
 como serpientes monstruosas
 de fulgurantes escamas.
 Son inmensos los clamores
 y tremenda la algazara
 que del seno tormentoso
 de aquellas huestes se escapa;
 y á los pálidos reflejos
 y jugueteos del alba
 cual ignea selva parecen
 sus arcabuces y lanzas.
 Los estandartes flamean
 y los colores de España
 se enfrentan con los que viste
 la hermosa Virgen Indiana.
 Los cañonazos retumban,
 y de montaña en montaña
 los ecos van despertando
 con explosión soberana.
 Las músicas lanzan himnos,
 sonoras y alegres marchas,
 en tanto que jubilosas
 repiquetean las campanas
 de iglesita pintoresca
 que asoma por la enramada.
 Los realistas hánse puesto
 sus uniformes de gala,



Encuentro de Iturbide y Guerrero en Aca-
 tempam

y aplauden y vitorean
 a la hueste mexicana.
 Los insurgentes también
 de vez en cuando levantan
 su grito de libertad,
 de independencia y de Patria.
 De pronto dejan sus líneas
 los jefes de aquellas tropas
 y parten y se saludan
 al pie de una extensa loma.
 Se abrazan con tal cariño,
 con tanto afecto se nombran,
 que más parecen hermanos
 y no enemigos que se odian,
 que se odiaban, es verdad;
 más ya desde aquesta hora
 se comprometen y juran,
 por su Dios y por su honra,
 libertar al patrio suelo
 de la opresión española.
 Retumban los cañonazos
 y sones marciales tocan
 las músicas y clarines
 de aquellas huestes patriotas.
 Los cohetes van rasgando
 los aires, y jubilosas
 las campanas de la aldea
 lanzan su voz armoniosa.
 Con el nombre de "El Abrazo
 de Acatempan", en la Historia
 es conocido aquel hecho,
 aquella fecha gloriosa
 que dieron término y fin
 á la guerra destructora,
 que por salvar á la Patria
 de opresión ignominiosa,
 sostenían con ardor
 muchos y bravos patriotas.

V

EL HOMBRE DE IGUALA.

Es el corazón humano
 un abismo inescrutable,
 y en vano lucha el psicólogo
 por querer interpretarle.
 Hay hombres que son enigmas
 ó misterios insondables
 que á cada paso presentan
 los más extraños contrastes:
 amalgamas de egoísmo
 y abnegación y bondades,
 á veces semejan monstruos
 y á veces parecen ángeles.
 Las crónicas, las historias
 en sus fecundos anales,
 con frecuencia nos describen
 á esos raros personajes
 que tanto arrancan aplausos
 como fallos condenables.
 Iturbide, entre nosotros,
 es ejemplo palpitante
 de lo que puede el impulso
 de las pasiones gigantes:
 enemigo poderoso,
 y quizá el más implacable,
 de los que fueron de Anáhuac
 libertadores audaces,
 en muchos campos dejó
 negras cenizas humeantes
 v hecatombes que nos hablan
 de su saña y sus crueldades:
 pero un día la Providencia,
 remediando tantos males,
 llamó á las puertas umbrías

de su conciencia insondable;
 y, cual Saulo vuelve atrás,
 y de enemigo implacable
 se convierte en defensor
 de la Patria agonizante.
 Y á su voz, cual un conjuro
 de los magos orientales,
 aquella lucha acabó
 que rugía formidable
 con horror ensangrentando
 los campos y las ciudades.
 Y en las cúspides altivas
 de los palacios y alcázares
 que orgullo fueron y gloria
 de los tiempos coloniales,
 una bandera enclavó,
 bello pendón trigarante,
 como símbolo sublime
 de las patrias libertades.

VI

UNA FECHA CELEBRE.

Veintisiete de Septiembre
 era del año veintiuno
 del siglo décimo nono,
 cuando con inmenso júbilo
 la altiva Tenochtitlán,
 señora del Nuevo Mundo,
 sus anchas puertas abría,
 sus baluartes y sus muros
 á la hueste poderosa
 que, en breve campaña, hubo
 de vencer á los tiranos
 y abatir á los verdugos

de esta tierra que á millares
 héroes y genios produjo.
 Desde temprano, al brotar
 la lumbré del astro rubio,
 fué tan grande el clamoreo,
 el movimiento y barullo,
 que la ciudad parecía,
 desde el centro á los suburbios,
 monstruoso mar sacudido
 por el ábrego iracundo.
 Los españoles rugían,
 y en su impotencia y orgullo
 clamaban trágicamente
 contra el caudillo que pudo
 en siete meses destruir
 su poderío sin segundo.
 Las campanas de cien templos
 dando voces, el agudo
 resonar de mil trompetas
 y el jubiloso tumulto
 de aquella grande ciudad,
 eran épico saludo
 que la nación ofrecía
 á los guerreros augustos
 que con su sangre y valor
 roto habían el férreo yugo,
 los grillos y las cadenas
 que ataran á todo un mundo.

En balcones y azoteas,
 alcázares y tugurios,
 se ostentaba todo el fausto,
 la pompa toda y el lujo
 de la linda capital
 que, con amor y con júbilo,
 sus regias puertas abría
 sus baluartes y sus muros
 al capitán decidido
 que, en breve campaña, pudo
 la altivez aniquilar,
 la omnipotencia y orgullo

de los que fueron de Anáhuac
 opresores y verdugos.
 Montando un caballo negro (1)
 soberbiamente enjaezado,
 Iturbide se presenta,
 dulce, afable, conversando.
 Calza botas de charol
 que contrastan con el albo,
 pantalón de franjas de oro
 del arrogante soldado;
 luce frac de tinte verde,
 y desde el hombro hacia abajo
 una banda tricolor
 va su espalda sujetando;
 sombrero airoso con tres
 hermosas plumas montado
 y tricolor escarcela
 dando aspecto soberano.
 Le rodean sus ayudantes
 de continente bizarro
 cuyo heroísmo y valor
 lo tienen bien demostrado.
 Cinco batidores abren
 la marcha con lento paso,
 y en seguida el vencedor
 con aire noble y gallardo
 se adelanta á consumir
 la empresa que ha comenzado.

En el orden más perfecto,
 honra y vidas respetando,
 dieciséis (2) mil combatientes,
 en cien batallas fogueados,
 van heróicos á clavar
 en las torres y palacios

(*) Véanse las notas correspondientes al
 fin de este Romance.

de la ciudad encantada
 capital del virreinato
 el pabellón trigarante
 que en Iguala fué aclamado
 como símbolo de honor,
 como emblema sacrosanto
 de gloria y de libertad
 para el pueblo mexicano.
 A la vanguardia desfilan
 los campeones esforzados
 que ciñéronse un laurel
 de Arroyo Hondo (3) en los campos;
 les siguen los granaderos
 del coronel (4) denodado
 que en Tepeaca conquistó
 justo renombre de bravo.
 Viene después Bustamante (5)
 que triunfó en Atzacapotzalco
 y aclamó la libertad
 en Pantoja (Guanajuato.)
 Sucédenle los leones
 que con Guerrero asombraron
 al mundo, por su constancia
 y su valor sobrehumanos.
 Don Luis Cortazar (6) asoma
 de Santa Rita mandando
 los dragones que en Amolea
 la libertad proclamaron.
 Viene luego Barragán (7)
 Y tras él Nicolás Bravo, (8)
 conocido en todo el mundo
 como valiente y magnánimo.
 Manuel de Mier y Terán, (9)
 noble, marcial y bizarro,
 va su cuerpo de artilleros
 dignamente encabezando.
 Ramiro (10) déjase ver
 con sus cuerpos veteranos,
 y Zarzosa y Joaquín Parres
 sus divisiones mandando.



Entrada de Iturbide á México al frente del
Ejército Trigarante

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.

Aparece Filisola, (11)
pundonoroso y honrado,
haciendo crujir las calles
sus impacientes caballos;
y, cual último eslabón,
Chávarri llega cerrando
la marcha regia y triunfal
de aquél ejército magno.
Al acercarse Iturbide
á aquél grandioso edificio
que las crónicas llamaron
"Convento de San Francisco,"
descendió de su caballo,
y saludó conmovido
al alcalde y los ediles
que llegaban á tal sitio.
Don Ignacio de Ormaechea,
Presidente del Cabildo,
con estas ó iguales frases
al vencedor así dijo:
—"Señor, el Ilustre Cuerpo
"que, honrándome, yo presido,
"me ha confiado el alto honor
"de saludar al Caudillo,
"al Patriota singular
"cuyo valor y heroísmo
"le empujaron en Iguala
"á lanzar segundo grito
"que los derechos vindica
"del suelo en que hemos nacido:
"y en su nombre, á vos entrego,
"cual depositario digno,
"la llave (12) de la ciudad
"con su adhesión y cariño.
—"Señor, respondió Iturbide,
"decid al pueblo que ha sido
"mi obligación y deber,
"procurar con mis servicios
"su dicha y felicidad:
"y á vos y al leal cabildo

“por tan grande distinción
 “os quedo reconocido;
 “pero guardad esa llave,
 “que en vuestras manos es simbolo
 “de honor y de independencia,
 “de autoridad y civismo.”

Un repique atronador
 saluda al bravo caudillo
 que resuelto va á clavar
 su santo pendón bendito
 sobre el almenaje obscuro
 del viejo alcázar sombrío
 que soporta la bandera
 de Felipe y Carlos Quinto.
 La muchedumbre se agita,
 y es monstruoso el vocerío
 de aquella masa que forman
 los descendientes, los hijos
 de los guerreros famosos,
 de los indómitos inndios,
 que en una lúgubre noche,
 llorar hicieron, rendido,
 al más bravo capitán
 que produjera aquél siglo
 en que el sol no se ponía
 de la España en los dominios.
 Las mazmorras se derrumban,
 se despedazan los grillos,
 y el águila prisionera
 se posa sobre el altivo
 pabellón de tres colores,
 que sobre el cielo purísimo
 del Porvenir se alzaré
 respetado y bendecido.

RAFAEL RUIZ RIVERA

(1) La parte subsecuente de este roman-
 se lo escribí en vista de un artículo histó-
 rico del señor D. Revilla, publicado en el

“Museo Mexicano,” en Septiembre de 1843.
 —N. A.

(2) El ejército trigarante se componía de
 7,416 infantes, 7,955 caballos y 763 artille-
 ros con 68 piezas de todos calibres, hacien-
 do un total de 16,134 hombres.—N. A.

(3) El 7 de Junio de 1821, se libró en Arro-
 yo Hondo, cerca de Querétaro, la célebre
 acción de “Treinta contra cuatrocientos;”
 y en la cual, Epitacio Sánchez, al frente de
 15 dragones; y Mariano Paredes y Arrilla-
 ga, á la cabeza de 15 cazadores del Fijo de
 México, derrotaron á 400 realistas manda-
 dos por el teniente coronel don Froylán Bo-
 cinos.—N. A.

(4) Don José Joaquín Herrera, más tarde
 Presidente de la República.—N. A.

(5) Don Anastasio Bustamante, también
 después Presidente de la República.—N. A.

(6) Gobernador de Guanajuato.—N. A.

(7) Presidente de la República.—N. A.

(8) Vicepresidente de la República.—N.
 A.

(9) El suicida de Padilla.—N. A.

(10) Don Rafael Ramiro, uno de los po-
 cos patriotas que, durante la época más
 aciaga de la revolución, manifestaron fe in-
 quebrantable por el éxito y buen porvenir
 de su causa.—N. A.

(11) Este ameritado coronel, á la cabeza de
 la 13a. división, había ocupado la Capital
 desde el día 24; pero cumplimentando la
 orden general del 25 al 26, habíase incorpo-
 rado al ejército en las primeras horas de
 la mañana del día 27.

Creemos oportuno rememorar, en estos hu-
 mildes renglones, aquella orden que vino á
 dar cima, tanto á la empresa iniciada con
 Iguala, cuanto á la gloriosa lucha de once
 años comenzada por Hidalgo y terminada
 por Iturbide:

“Estado Mayor del Ejército.—Orden ge-
 neral del 25 al 26 de Septiembre de 1821.—
 “El jueves 27 del corriente deberá entrar á
 “la capital el ejército imperial, llevando la
 “vanguardia la división del centro al man-
 “do del segundo, el señor coronel don Anas-
 “tasio Bustamante, con su correspondiente
 “artillería, formando á su vanguardia una
 “compañía de cazadores formada en guerri-

“lla; á ésta, las piezas de artillería con su
 “parque; luego toda la columna de infante-
 “ría, dividida por mitades ó frentes igua-
 “les; seguirá la caballería con su frente
 “proporcionado al que deban ocupar en las
 “calles: éste ejército formará su cabeza
 “apoyándola por el camino que llaman de la
 “Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapul-
 “tepec, y deberá estar en su formación en
 “punto de las siete de la mañana.

“A esta división seguirá la de retaguar-
 “dia en los mismos términos y orden de for-
 “mación, apoyando su derecha á la izquier-
 “da de la que le precede, tomando parte
 “del camino de los Hospicios que se dirige
 “hacia Tacuba.

“Seguirá, á la izquierda de esta división,
 “la de vanguardia, ocupando el terreno que
 “necesite hasta Tacuba, en el de Atzacapot-
 “zalco; para no retardar el movimiento ge-
 “neral en todo el ejército, el señor jefe de
 “la vanguardia procurará dar sus órdenes
 “y emprender su marcha con la anticipa-
 “ción que sea necesaria.

“Las tropas de este cuartel general, em-
 “prenderán su marcha á las cinco de la ma-
 “ñana, con el objeto de ir á ocupar sus pues-
 “tos en las respectivas divisiones á que per-
 “tencen en la línea que á cada una le está
 “señalada.

“La tropa del mando del señor coronel
 “Filisola, saldrá de México antes del ama-
 “necer, dejando en dicha capital sólo la fuer-
 “za muy precisa con los ranjeros, y pasa-
 “rá á ocupar el puesto que la compete en
 “la división á que pertenecen.

“Las cargas de los batallones y escua-
 “drones, con los equipajes de los señores
 “oficiales, quedarán al cargo de un oficial
 “con una pequeña escolta á retaguardia del
 “todo del ejército, y no entrarán por pre-
 “texto alguno, ninguna en la ciudad, hasta
 “tanto se avise, que siempre será una hora
 “después de haber entrado el ejército; para
 “lo cual se detendrán sin distinción, todas
 “en la garita de Belén, única por donde se
 “permite la entrada.

“Desde que empiecen á marchar las co-
 “lumnas, irán todos los señores oficiales de
 “infantería pie á tierra, y sólo podrán ir

“á caballo los señores jefes y ayudantes,
 “para lo cual dispondrán que los caballos
 “de los que deben ir á pie se queden con las
 “cargas.

“Los ayudantes del estado mayor, desti-
 “nados en las divisiones, irán al lado de
 “los señores jefes que las manden, como
 “igualmente los ayudantes de orden de di-
 “chos jefes, y todos éstos irán á caballo.

“El estado mayor general irá al lado del
 “señor primer jefe para cuando se le ofrez-
 “ca mandar.

“El señor primer jefe encarga muy par-
 “ticularmente á los señores jefes de los ejér-
 “citos, y á los de los respectivos cuerpos
 “que los componen, procuren que la tropa
 “se presente con el mayor aseo que sea po-
 “sible, atendidas las circunstancias de falta
 “de vestuario; con el armamento y correa-
 “je en el mejor estado de aseo; y por últi-
 “mo, encarga el mayor silencio y modera-
 “ción, tanto en la marcha el día de la en-
 “trada, como también en los subsecuentes
 “de la permanencia en la capital, haciendo
 “que todos los individuos que componen el
 “ejército trigarante, guarden la mejor ar-
 “monía con los habitantes, dando con eso
 “más pruebas de su disciplina, subordina-
 “ción y buen comportamiento.

“Los cuarteles serán señalados por el je-
 “fe del estado mayor, para lo cual acudirán
 “los ayudantes de éste, destinados á los
 “ejércitos, por las respectivas boletas de alo-
 “jamiento.

“Para no molestar á las otras tropas dis-
 “tantes, se mantendrán en sus puestos, ex-
 “cepto las señaladas en esta orden, las que
 “deberán marchar como está indicado. —
 “Cuartel general en Tacubaya, Septiembre
 “25 de 1821.—Melchor Alvarez, jefe del es-
 “tado mayor.”

(12) En rica fuente de plata, sostenida por
 cuatro maceros, le fué presentada á Itur-
 bide la áurea y refulgente llave por el pri-
 mer alcalde de la ciudad.—N. A.



LA CAMPANA DE DOLORES.

Era un pueblo, era una aldea
Entre moreras frondosas
Y parras de hojas lustrosas,
En donde el sol espejea.
El ambiente juguetea
En el campo solitario;
Cada rosa es incensario
Que mece al pasar la brisa.
Y á lo lejos se divisa
La aguja del campanario

Ya va la noche avanzando.
Las calles están desiertas:
Y de ventanas y puertas
Que pausadas van cerrando.
Se escuchan de vez en cuando
Los aldabones de hierro:
Y allá en el lejano cerro,
Como una loca que llora,
Oyéndose está á deshora
El triste aullido del perro.

Sólo tras de la vidriera,
En la ventana del cura,
Estrella en la sombra obscura
Y que triste reverbera,
Hay una luz, luz postrera
Que se extingue hasta muy tarde:

De vigilia haciendo alarde
En la soledad inmensa;
Es que un cerebro allí piensa
Junto á la lámpara que arde.

Allí está el hombre inmortal,
Reclinada la cabeza
En la tallada corteza
Del respaldo del sitial.
Sus ojos no dan señal
De ver lo que le rodea,
Y es que acaso centellea
En su cerebro profundo,
Llevada de mundo en mundo,
La vibración de una idea.

Quien pudiera penetrar
Por el velo de su mente,
Hallara allí la imponente
Tormenta como en el mar;
Es que de tanto pensar
No se comprende á sí mismo,
Y en alas del fatalismo
El y su genio, los dos,
Como en el génesis Dios,
Caminan por un abismo.

Avanza la sombra oscura
Que cubre el pueblo y el valle,
Cuando se oye por la calle
El golpe de la herradura.
Llega una cabalgadura,
Y la puerta del curato,
Abriéndose á poco rato,
Le da á un jinete la entrada;
La puerta queda cerrada
Y él entra con gran recato.

Sale á su encuentro el anciano
Lleno de inquietud y afán;

Y el valiente capitán
Le besa al cura la mano.
Al mirar al veterano,
De su apostura al través,
La vista duda si es,
Por lo audaz y lo bizarro,
Un capitán de Pizarro,
O un cabo de Hernán Cortés.

Hay una dura expresión
De su rostro en el contorno,
Y revelan su trastorno
Los golpes del corazón;
Rasga el airado infanzón
Los ojales de su peto,
Y como un cartel de reto
Que duelo de muerte anuncia,
Saca un papel que denuncia
La violación de un secreto.

Denuncia que fué arrancada
Por miedo y terror profundo,
De labios de un moribundo
En la postrera bofetada:
Cuando ya sintió quebrada
El ala de la existencia,
Del sacerdote en presencia,
Por obtener el perdón,
Consintió en la delación;
¡Así te burlan, conciencia!

Sintióse herido el poder
A tan formidable amago:
Oponiéndose al extrago,
A Hidalgo manda aprehender;
Pero una santa mujer,
A quien Dios señalar quiso,
Mira la orden de improviso,
El gran secreto sorprende,

Y angustiada manda á "Allende"
El más oportuno aviso.

A los postreros fulgores
Del muerto sol de occidente,
Parte el capitán valiente
Hacia el pueblo de "Dolores:"
Viento y lluvia en sus furoros,
Nada son para su brío;
El vuelo de su albedrío
No hay quien detenerle pueda,
Y al triste toque de "queda",
Penetra al pueblo sombrío.

Hidalgo es la inteligencia
De aquella gigante trama,
Y su labio es quien aclama
Al Dios de la "Independencia;"
Mas ¡ay! que ya una sentencia,
Fragor de rayo potente,
Va á caer sobre su frente
Hundiéndola en el ocaso.
¿Quién puede avanzar el paso
Sobre de la mar rugiente!

La muerte! el capitán grita,
Y su frente se obscurece;
El sacerdote enmudece
Por largo rato y medita;
Mueve los labios, se agita,
Y sin esperanza alguna,
Viendo extinguirse una á una
Las ilusiones que abarca,
Con fe se tira á la barca,
Cual César y su fortuna.

A sus ojos se presenta
La batalla aterradora
Y su voz atronadora
Invoca la lid sangrienta.

Al enemigo no cuenta,
Mira á sus soldados fieles
Cosechando sus laureles,
De la batalla á las luces;
Relámpago de arcabuces
Y revolver de corceles.

Airado torna la vista,
Y á la luz de su memoria
Mira revivir la historia
Terrible de la Conquista.
¡Ah! ¿quién habrá que resista
A su espada vengadora?
Ya de otro siglo en la hora
Su ánimo audaz no se arredra,
Y salpica al Dios de piedra
La sangre conquistadora.

Su corazón se reviste
De una coraza de acero,
Y busca airado al guerrero
Que con más ardor embiste.
Penetra en la "Noche Triste,"
Y tal su despecho es,
Que, de la sombra al través,
Ve al conquistador tirano
Llorar, y en su misma mano
Bebe el llanto de Cortés.

Mira la terrible hoguera
Donde Cuauhtémoc perece;
Y hasta un genio le parece
Que le entrega una bandera.
Con el aliento quisiera
Luchar, y fiero luchara,
Hasta que rudo alcanzara,
De venganza como ejemplo,
Poner sobre el mismo templo
De Huitzilopochtli el ara.

Tender osado la vista,
Y al correr de sus corceles,
Ir hollando los laureles
Que arrebató la conquista.
Hallar, como un fatalista
En las sombras del canuce.
La clara estrella del sino
Cayo fulgor reluciente.
Daba un mundo independiente.
Como cifra del destino.

Como un relámpago ardiente
Que en el cielo centellea,
Rápida cruzó la idea.
Por el campo de su mente;
Volvió la vista doliente
Hacia un Santo Crucifijo,
Nadie sabe qué le dijo;
Pero algo terrible fué,
Que el sacerdote de pie
Estuvo un momento fijo.

Murmuró después en calma:
"Eres luz, libertad, gloria;
"De tu martirio la historia
"Se conserva en una palma;
"Ves el fondo de mi alma,
"Inspirame con tu aliento;
"Al obscuro pensamiento
"Que brota en mí, dale luz!
"¡Ah! ¡Tú has muerto en una cruz
"Y yo mi muerte presiento!

"Que mi honra postrera sea,
"Cuando yo mire seguro
"En el horizonte obscuro
"El porvenir de mi idea!
"La ardiente luz que flamea,
"Haz que mi mano no arroje,

"Aunque tu justicia enoje,
"En tu altar yo la encendí;
"Este suelo en que nació
"Deja que mi sangre moje!"

La angusta calma recobra,
Y queda parado entonces
Como una estatua de bronce,
Sin inquietud ni zozobra.
Mide lo inmenso de su obra,
Y mantiene un rato largo,
En parasismo ó letargo,
Entre dormido y despierto;
Y como Cristo en el "Huerto,"
Apura el cáliz amargo.

El tiempo corre insensible;
Y el capitán, impaciente,
Interrumpe de repente
Aquél silencio terrible.
"Salvarnos es imposible;
"Morir sin nombre y sin gloria,
"Sin dejar una memoria,
"Cuando el corazón alienta!...
"Obscura mancha de afrenta,
"Donde eche un velo la historia!

"La patria tu sangre pide,
"Dijisteis entusiasmado;
"Y yo, patriota y soldado
"Que nunca el peligro mide,
"La ofrezco, y hoy se decide
"El azar que voy buscando;
"Al destino estoy rogando
"Que temple mi duro acero,
"Porque á rendirme prefiero
"Morir en la lid matando!

"¡Combatir hasta vencer
"Sosteniendo una bandera!

"Y si es preciso que muera,
 "Lidiar hasta perecer;
 "No como débil mujer
 "Que abra las murallas;
 "Ir al combate sin malla,
 "Y envolverme temerario
 "En ese blanco sudario
 "Del humo de la batalla!"

Calló el joven; del anciano
 En la pálida mejilla
 Lágrima candente brilla;
 Gota que encierra el arcano,
 De aquél valor sobrehumano
 Que ya su mirada advierte.
 Con pulsación ruda y fuerte
 Tiende el capitán los brazos,
 Y sellan aquellos lazos
 El heroísmo y la muerte.

—"Así os quiero, capitán,"
 Dice con tranquilo acento,
 Descubriendo el pensamiento
 Que mueve su eterno afán.
 —¿Dónde las huestes están?
 Dice Allende: no me asombra,
 Cuando á la patria se nombra,
 Lucharé solo, he aquí mi acero!
 —Daros esas huestes quiero,
 Se las pediré á la sombra.

Con una ansiedad febril
 Y su voz airada y bronca,
 Despierta á un indio que ronca
 En las losas del pretil.
 Se alza asustado el "topil,"
 Murmura el cura á su oído
 Una frase, y sin ruido
 Abre con calma la puerta,

Y por la calle desierta
 Se ve en la sombra perdido.

Mientras más la noche ahonda,
 Se arrastra más con cautela;
 Se esquivo del centinela
 Y esconde el bulto á la ronda.
 No hay dintel do no se esconda.
 Y cumpliendo como bueno,
 De inquietud y miedo ajeno,
 Llega á la última casa,
 Y en cada esquina que pasa
 Le da una "cita" al "sereno."

Tórnase después de un rato;
 Los "guardas" van silenciosos,
 Penetrando cautelosos
 Por el zaguán del curato.
 El indio con gran recato
 Avisa al cura que aguarda;
 Ni un instante se retarda,
 Sale animoso el anciano.
 Todos le besan la mano,
 Mientras él silencio guarda.

De aquél volcán que revienta,
 A la terrible explosión.
 Se acobarda el corazón
 Y el ánimo se amedrenta.
 Ya ninguno se da cuenta
 De lo que escucha y espanta:
 Dogal se hace la garganta;
 Quieren huír, imposible;
 Hay una mano invisible
 Que su voluntad quebranta

¡A morir! todos clamaron,
 Lanzados sin saber cómo,
 Y sobre la cruz del pomo,
 ¡INDEPENDENCIA, juraron!